

Esta es Bayamo: La ciudad del orgullo nacional, la del himno de combate, la del Padre de la Patria..., la que guarda una de las páginas más luminosas de la historia de la isla.

José Carbonell Alard, nació en la ciudad de Manzanillo en 1922. Desde entonces reside en Bayamo, donde cursó sus estudios y laboró en el comercio de muebles. Después del triunfo de la revolución ocupó cargos administrativos, y durante dos décadas la dirección del Archivo Histórico Provincial de Bayamo. Fundador del periódico provincial La Demajagua, fue mucho tiempo redactor de la columna dominical «Con el polvo del archivo». Es autor de Estampas de Bayamo, publicado en 1982.

ISBN 959-259-051-6



Bienvenidos a Bayamo

JOSÉ CARBONELL ALARD



Bienvenidos a Bayamo

JOSÉ CARBONELL ALARD



Pablo de la Torre
Editorial

© 1997 José Carbonell Alard
© 1997 Pablo de la Torre, Editorial
Unión de Periodistas de Cuba
Calle 11 no. 160 e/ K y L, Vedado, La Habana
Diseño interior: Tony Gómez
Composición: Mayra Renté
Emplante y corrección: Gladys Armas Sánchez
ISBN: 959-259-051-6

Amigo:

Estás en San Salvador del Bayamo, segunda villa fundada en la isla de Cuba por el adelantado Diego Velázquez de Cuéllar, en la lejana y retroactiva fecha del 5 de noviembre de 1513. Hoy capital de la provincia de Granma, tiene 226 261 habitantes y 53,83 km² de extensión. Fue levantada en las riberas de su caudaloso río del mismo nombre, cuyas aguas cristalinas y tormentosas en un tiempo llenas de oro bajaban de sus montañas regando en época primitiva el cacicazgo aborigen de Bayamo. En sus fértiles tierras, abundantes en bosques de ceibas y yagrumas, vegas anchurosas y pájaros trovadores, vivía apaciblemente el taíno bayamés, con sus siembras de yuca para hacer el casabe, el maíz, ají, la cohiba o tabaco, el algodón y otras raíces, su pesca de biajacas, los ritos del behique, sus areítos, los perros mudos, sus hachas de piedra y la soberana autoridad del cacique bajo un cielo azul donde no existía para ellos lo mío y lo tuyo, en un credo de que la tierra, el sol y el agua son comunes.

Aquella bonanza se vio hollada por Pánfilo de Narváez –de quien el padre Bartolomé de las Casas dijo «que su ánima se la llevó el diablo»–, cabalgando una yegua cascabelera, y junto a sus arcabuceros invadieron la rica comarca en busca del oro donde el indio bayamés, con su feroz resistencia, le infligió momentánea derrota. Este suceso lo llenó de un terror trocado en mensaje y presencia de Diego Velázquez que prontamente llegó de Baracoa con refuerzos de hombres, los

cuales aterrorizaron a los indios, constituyendo el primer hito histórico en la defensa de nuestra soberanía.

Ocupado el cacicazgo de Bayamo por los españoles, su cruz y su espada, el adelantado, al marcharse, dejó bajo el gobierno a Juan de Grijalba, quien junto a Hernán Cortés posteriormente conquistaría tierras americanas.

Este fue el Bayamo original, el de los indios tainos con sus hatos y conucos y su afluente el Managua, escenario de la asamblea de caciques presidida por Hatuey, orientándoles que enterraran el rico metal, porque el oro era el único Dios en que creían los blancos. Después fue quemado vivo en Yara, sobre cuya hoguera se fundara en 1513 San Salvador porque, al decir de Velázquez, con su muerte se había salvado la conquista. De ese San Salvador, que pocos meses más tarde fuera trasladado para el cacicazgo de Bayamo donde moraban los soldados del rey, nació la villa de San Salvador del Bayamo, ibérica e india, histórica y rebelde, que te voy a enseñar cuando subamos las cuestas del río.

San Salvador del Bayamo nació en un paraje ribereño a mediados de 1514, y a su nombre indio le antepusieron uno santificado. La villa creció partiendo del centro de la iglesia, más grande, y a ambos lados los barrios nombrados Caneyes Arriba y Caneyes Abajo, y en sus extremos las iglesias de San Juan Evangelista y de Santa Ana, convirtiéndose aquella población en la residencia del gobernador de la isla.

En 1525, en las márgenes del pueblo, surgieron barracones habitados por los negros esclavos africanos, los que compartieron el trabajo, las penas y tristezas junto al aborigen.

Bayamo fue cuna de célebres patriotas, estadistas, sacerdotes, poetas, maestros, y periodistas; hombres que se distinguieron en la política, educación y la cultura, siendo génesis de las luchas independentistas protagonizadas por sus mejores hijos y del épico incendio del 12 de enero de 1869, que

destruyó la ciudad antes de entregarla de nuevo al enemigo colonial en la que se perdieron colecciones de antigüedades, construcciones, bibliotecas, documentos de familias y los tesoros más valiosos de su pueblo.

A principios de 1514, en un lugar cercano al río, se erigió una iglesia, entonces de yagua y guano. Aquella iglesia de San Salvador, hoy catedral de la provincia de Granma, fue nombrada parroquia en 1613, y destruida a causa de varios terremotos en 1551, 1604 y 1766, y el 12 de enero de 1869 el fuego patrio quemó la mitad de su torre, techumbre y ocho altares.

Siete meses antes, el 11 de junio de 1868, en el Tedeum de las fiestas del Corpus-Christie es revolucionariamente tocada por primera vez en Cuba la música de la marcha guerrera de Perucho Figueredo devenida en himno nacional.

En 1919 fue restaurada de los daños del incendio, siendo el único templo en la isla que tiene en el atrio de su altar mayor un mural que recoge la bendición y jura de la bandera por el párroco Diego Batista y la presencia de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria, y su Estado Mayor.

Anexa y escapada de la quema está la capilla de Los Dolores como el mayor tesoro artístico, fundada el 24 de abril de 1740. Su virgen de Los Dolores fue tallada en madera, para la que posó Dolores Estrada, una bella bayamesa, y su retablo de oro laminado al estilo barroco, obra de arte que la tradición atribuye a Manuel del Socorro Rodríguez.

En su entorno está la plaza llamada primero de la Iglesia Mayor, donde en 1604 el negro bayamés, hijo de etiope, Salvador Golomón, exhibió la cabeza del pirata galo Gilberto Girón, al que derrotó en feroz combate, página épica aparecida en *Espejo de paciencia*, decana de nuestras obras literarias. Actualmente es la Plaza del Himno Nacional, llamada así porque en ella se cantó por el pueblo en armas y su autor, la letra de la marcha guerrera.



A unos pasos se encuentra la Plaza de la Revolución, primera de Cuba, nombre con la que Carlos Manuel de Céspedes rotuló a la antigua Isabel II, el día de la toma de Bayamo el 18 de octubre de 1868. En su paseo, conocido también como parque, encontramos la estatua en bronce del Padre de la Patria y el busto del autor del canto patrio.

En las calles que la circundan se halla el edificio del gobierno municipal, construido en el mismo lugar donde estuvo el primer ayuntamiento libre de Cuba en armas, en el cual Carlos Manuel de Céspedes firmó sus primeras leyes revolucionarias, entre ellas la abolición de la esclavitud. Esa reliquia histórica fue demolida en 1933.

Más adelante, por el callejón de Maceo, se asoma el Museo Casa Natal de Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, quien naciera en la planta baja de esta edificación en 1819 y en la que vivió sólo unos meses, trasladándose para la hacienda de sus padres. Cuarenta y nueve años después sería el iniciador de la guerra de independencia al levantarse en armas contra el coloniaje español en su ingenio La Demajagua, Manzanillo, el 10 de octubre de 1868. Posteriormente Concepción Sánchez construyó la parte alta del inmueble, donde nació su hijo Tristán de Jesús Medina, el orador sagrado más elocuente de la época, poeta, dramaturgo y sacerdote, que colgó sus hábitos para combatir la esclavitud.

En lo que va de siglo, la suntuosa casona fue sede del ayuntamiento municipal, jefatura de Policía, escuela, oficina de Correos y Telégrafos, y al triunfo revolucionario del 1 de enero de 1959 estaba deshabitada, en ruinas y llena de murciélagos, reconstruyéndola la revolución y respetando sus líneas arquitectónicas para un museo del abogado bayamés.

A su diestra, en un local que perteneció a una sociedad clasista de la seudorrepública, se encuentra el Museo Provincial con sus salas de exposiciones. En este mismo lugar, en

tiempos de la colonia, nació en 1813 Manuel Muñoz Cedeno, músico, maestro de capilla, regidor del ayuntamiento libre de 1868, instrumentador de la marcha guerrera *La Bayamesa*, hoy nuestro himno nacional.

En la esquina opuesta, por la cuadra rotulada Libertad, está situado el cine Céspedes y las oficinas de Comunicaciones, donde en el ayer colonial se erigió la majestuosa residencia del licenciado Pedro Figueredo y Cisneros, *Perucho*, constituyéndose en este sitio el primer Comité Revolucionario de Cuba en su lucha contra el dominio español, del que devino la petición para que escribiese el canto patrio, cuya melodía inicial quedó encerrada entre aquellas paredes que el incendio de Bayamo convirtió en pavesa.

En la misma dirección, por el angostillo de Canducha Figueredo, en una antigua vivienda de portal, existe una placa de bronce que señala la constitución del segundo ayuntamiento libre, al término de la guerra contra España, cuando la ciudad fue liberada por las tropas del mayor general Calixto García el 28 de abril de 1898. La legendaria Plaza de la Revolución fue escenario de por vida de las festividades populares y costumbristas de Bayamo, y en ellas las negras africanas llamadas *venteras*, situadas en diferentes puntos del paraje, ofrecían en grandes tableros la granjería, tradicional dulce elaborado con yuca y maíz, como fueron las famosas rosquitas, matahambre, roscablanda, suspiro y las deliciosas ciruelas borrachas, mostrando también como artesanía típica las africanas, muñequitas de trapo con vestidos multicolor, que tenían por piernas un palito de güin.

Cerca de aquí nos encontramos la Plaza de Santo Domingo —actual parque Francisco Maceo Osorio—, nombre nacido del viejo convento restaurado más de una vez, hoy asiento de la escuela José Antonio Saco, quien fuera uno de sus emi-

nentes alumnos. Se fundó en 1742 por los dominicos, gracias al testamento del capitán Francisco de Parada. Este añoso colegio de la calle José Martí y Parada, sería en el pasado aula de los bayameses más ilustres de nuestra historia, entre ellos Carlos Manuel de Céspedes, que allí se graduó de bachiller. La comunidad del convento estuvo compuesta por 26 religiosos en su mayor parte bayameses, quienes enseñaban gramática, filosofía, teología escolástica y moral.

Volviendo mis pasos atrás, hacia la catedral, llego a la calle Céspedes, para visitar la Biblioteca Pública 1868 construida en una manzana donde existió la fastuosa residencia de Francisco Vicente Aguilera y Tamayo, la que fuera destruida totalmente por la tea revolucionaria. Este rico patricio poseía 10 000 caballerías de tierra, 35 000 y 4 000 cabezas de ganado vacuno y caballar, varios ingenios, propiedades urbanas, un teatro en su Bayamo natal que costó \$80 000, una dotación de 500 esclavos, que no aumentó nunca por estimar la esclavitud como una afrenta. Fue conspirador, fundó y presidió el Primer Comité Revolucionario de Cuba, el de Bayamo, mayor general, abolicionista de la esclavitud, secretario de la Guerra, vicepresidente de la República en Armas. Cumpliendo misiones se trasladó a Estados Unidos para hacerse cargo de la representación diplomática de Cuba. Viajó a París e Inglaterra en busca de ayuda económica para la causa cubana cuando fueron sordos los oídos ricos de sus compatriotas, a los que tocó a su puerta. Entregó su fortuna a la lucha independentista. En Nueva York, pobre y enfermo, lo sorprende la muerte cuando había llevado a sus hijos pequeños a instituciones de caridad y encontrado trabajo a sus hijas mayores. Se convirtió en el primer patriota extranjero que tuvo como capilla el ayuntamiento de Nueva York. Lo llevaron en hombros los negros libertos de la emigración hasta el cementerio de Marble. Sus restos fueron devueltos a Cuba

en 1910 y depositados en el cementerio de San Juan. Cumplió su palabra de que «nada tengo mientras no tenga patria».

Más adelante, pasado el callejón de Figueredo, hay una residencia a donde vino a vivir a la edad de cinco años, traído por sus padres desde su rica hacienda, Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, y que aprendería entonces a leer y a escribir con Isabelica, su inolvidable maestra. Bajo aquella techumbre proverbial creció y se educó, y a ella regresó con su título de abogado de la Universidad de Barcelona, España, un día de 1844. Entonces aquella casa en reconstrucción por mandato de sus padres, quiso él insertarle en la fachada dos columnas moriscas, escoltas de la puerta principal, para sobrevivir como mudos testigos a la quema de la ciudad.

En la acera de enfrente está la regia y antigua casona colonial, actualmente sede de los artistas, músicos y escritores (UNEAC), donde nació y vivió Tomás Estrada Palma, que fuera presidente de Cuba insurrecta, y en la etapa de la neorrepública, su primer presidente constitucional. Bajo su mandato, solicitó al gobierno de Estados Unidos la intervención en los destinos de Cuba. En un espacio contiguo encontrarás la ventana simbólica donde una madrugada de marzo de 1851 se cantara en serenata amorosa la canción *La bayamesa*, dedicada a Luz Vázquez, heroica y bella mujer que dio fuego a su casa y marchó al monte a combatir a los soldados de Weyler. Presa y con sus dos hijas enfermas la condenaron a prisión domiciliaria, en lo que quedó en pie de su opulento hogar: la cochera; en ella vio morir a una de sus hijas, Adriana, la cual no permitió ser atendida por el médico español y cerró los ojos cantando el himno de la patria.

De inmediato, la Sala Teatro José Joaquín Palma, con sus balcones moriscos, adaptación arquitectónica que le hicieron a la ancestral Iglesia de Nuestra Señora de la Luz, cuando fue reconstruida para estos fines culturales. La vieja iglesia des-

truida, ruinosa y abandonada con la belleza de su techumbre de cedro con faldones y harneruelos, así como sus tirantes pareados con polígonos estrellados de los prístinos templos cubanos, funcionó hasta 1919.

Desde su primitivo asiento, donde estaba deshecha, la trasladó en el siglo XVIII Juan de Estrada Tovar para este sitio, siendo la última de las doce iglesias levantadas en la villa. Ofició como Parroquial Mayor al quedar calcinada la del Santísimo Salvador.

Unos metros más allá estuvo el hogar de la poetisa María Luisa Milanés García (Liana de Lux), de sensibilidad profunda y vasta cultura. Hablaba a la perfección el francés, inglés y latín. Incomprendida por su padre, al que llamaba el Kaiser, e infeliz en su matrimonio, se suicidó en 1919. En el cementerio bayamés, cumpliendo sus deseos, está su tumba, y al lado su epitafio:

*Quiero una piedra blanca y no pulida
sobre la tierra que mis huesos cubra,
sin cruz, que una muy grande arrastré en mi vida
no quiero que ninguno se descubra
al detenerse ante la tumba oscura
de quien murió de angustias y amarguras.
Ni un nombre, ni una fecha, ni unas flores
quiero sobre la piedra, ni oraciones,
ni llantos, ni recuerdos: mis amores
que olviden, y también mis aflicciones
los que en vida vieron en voltario
giro mis pasos por la senda umbría.
¡Silencio y paz para la tumba mía!
¡Por lo menos allí ni un comentario!*

En sus fondos, por la calle de Máximo Gómez llegamos al Convento de San Francisco, hoy escuela Manuel Ascunce

Domenech, asentada sobre los muros calcinados de aquel viejo convento, primer plantel de enseñanza gratuita en la villa bayamesa y de la isla, construido con las limosnas del vecindario gestionadas por fray Francisco Adán en las últimas décadas del siglo XVI, reposando bajo sus altares la realeza de los primeros habitantes de Bayamo. Destruído por la tea del 12 de enero de 1869, en los principios de este siglo sirvió de residencia a los frailes capuchinos, para a mediados de la década del veinte construirse sobre los quemados escombros el colegio de las monjas La Divina Pastora.

En su fachada hay una lápida –la más antigua de la provincia de Granma– que perteneció a la tumba de Isabel de Aguilar y Velázquez, sobrina de Diego Velázquez, cuyos restos reposan junto al altar de la capilla del convento. Esta placa tallada en piedra al estilo de aquellos remotos tiempos, está orlada con el grabado de un escudo nobiliario, y dice:

*Aquí está sepultada Doña
Isabel de Aguilar y Velázquez,
falleció a 4 de febrero de 1620,
gobernando este gobierno por S.M.
el capitán Don Rodrigo de Velasco,
su marido.*

De hecho la legendaria plaza de San Francisco –llamada ahora Parque de las Madres– es custodio de una de nuestras más valiosas reliquias históricas. Y utilizando el medio de transporte más antiguo y popular de Bayamo, el coche, me traslado hasta el barrio de San Juan.

El coche, transporte exclusivo de las familias bayamesas más acomodadas de la época colonial, legó a la ciudad a principios de siglo el modelo francés Duquesa y el inglés Milord, que se multiplicaron como fiel amigo de las noches bohemias. Fue testigo maravilloso de las inolvidables listas,

que así llamaban entonces a aquella costumbre de pasarle continuamente por la puerta a la novia o enamorada. Compañero de románticas serenatas, a la luz mortecina de lánguidos faroles, paseaba por las nocturnales calles la melodía borracha de una guitarra y la tonada amorosa de un trovador.

Por la calle Amado Estévez llegamos a las ruinas de la antigua Iglesia de San Juan Evangelista, segunda fundada en la villa, que en 1744 era parroquia y dióname nombre a su barrio bayamés, y en cuyo fondo, y a sus lados, se construyera el primer cementerio de Cuba a campo abierto, cuando el vicario José Antonio Dimas y Oduardo dio cumplimiento a la real orden del 27 de marzo de 1797 y al real despacho de 1798 dictado por el obispo Joaquín Ocas y Alzúa, que autorizaba la construcción de los camposantos al aire libre, dando así fin a la lucha existente contra la superstición arraigada de efectuar los enterramientos en los templos, convirtiéndose esto en tradición familiar nacida de la devoción religiosa y de la ignorancia predominante en América, así como la composición social de nuestro pueblo mezcla de lo indígena, español y africano. Esta necrópolis fue bendecida el 5 de enero de 1798 como dispone el ritual romano, realizándose funciones con oraciones fúnebres a beneficio de las almas del purgatorio. Un año más tarde el propio vicario notificaba su total conclusión el 20 de septiembre de 1799.

La iglesia desapareció con el fuego patrio de 1869, y las ruinas quemadas de su torre sirvieron de pórtico al camposanto, el cual prestó servicios hasta 1919, para ser demolido en la década del cuarenta y dar paso a obras viales y a un parque devenido en el Retablo de los Héroes. En él se encuentra el mausoleo de Francisco Vicente Aguilera y las figuras esculpidas en bronce de los principales héroes bayameses de la guerra de independencia.

En su entorno se encuentra la legendaria Plaza de San Juan y su paseo, en cuyo centro se puede admirar el mausoleo en mármol rosado donde reposan los restos del poeta bayamés José Joaquín Palma, trasladados desde Guatemala en 1951.

Nacido un 11 de septiembre de 1844, supo ser –al decir de José Martí– en días de conflictos internos, de vacilaciones apóstatas, de graves sacrificios y tremendas penas, poeta del hogar, poeta de la amistad, poeta de la patria. En los días revolucionarios de octubre de 1868, su lira se convirtió en palabra y fusil. Fue director de *El Cubano Libre* –su mejor poema–, para convertirse este en el primer periódico de la revolución independentista.

Este bardo bayamés, patriota de 1868, ayudante de campo de Carlos Manuel de Céspedes, regidor del ayuntamiento libre de Bayamo, abolicionista de la esclavitud y constituyente de Guáimaro, marchó a tierras americanas cumpliendo importantes misiones. En Honduras realizó funciones como educador; Guatemala supo de su amor por aquella tierra del quétzal, a la que le escribió la letra de su himno nacional. Toda la vida de José Joaquín Palma y Lasso de la Vega fue poesía.

En el obelisco esculpida en bronce está su efigie, y fiel a su postrer deseo, escrito en sus propios versos: *Más ya que cercana zumba/ la voz de la muerte helada/ te reclamo/ solo un sauce y una tumba/ cabe la orilla sagrada/ del Bayamo.*

Enfrente, por la calle Pío Rosado, homenaje del gobierno de Colombia, hay una placa de bronce situada en el lugar en que nació el humilde bayamés del Socorro Rodríguez el 15 de abril de 1756. Autodidacto, se dedicó a la carpintería, dibujo y pintura, así como a la talla, escultura y poesía. Desde muy niño quedó huérfano y, al igual que su padre y de forma gratuita, impartió clases a los pobres.

Luego de solicitar al rey empleo y ayuda, marchó en compañía del virrey Espeleta a Nueva Granada en agosto de 1789. Al año siguiente fue nombrado director de la biblioteca de Santa Fe de Bogotá, y funda el primer periódico que tuvo esa ciudad, nombrado *Papel Periódico*, al que le siguieron otros como *El Redactor Americano*, *La Constitución Feliz*, y ya al término de su vida, *El Catálogo de los Libros de la Biblioteca*, pionero en su clase en América.

Sin títulos ni linajes, ni otra fortuna que su inteligencia y sensibilidad de artista vivió –cita el historiador colombiano Otero Muñoz– hasta el 2 de junio de 1819, en que fue encontrado muerto en su cuarto que habitara en la biblioteca, vestido con el humilde zayal de los hijos de san Francisco y estrechando en sus manos un rústico símbolo de la redención humana. Fue proclamado el padre del periodismo en Colombia.

Por las riberas del río, tres cuadras más arriba, en la calle nombrada Abigail González, se encuentra el parque Níco López y su museo, con los restos del cuartel de la guardia rural, atacado junto al Moncada de Santiago de Cuba por la Generación del Centenario, comandada por Fidel Castro Ruz el 26 de julio de 1953.

En tiempos coloniales allí existió un viejo cuartel que en un principio fue conocido por Fuerte de España. También lo llamaron Cuartel de Caballería, y detrás de sus muros la metrópoli fusiló al coronel Pío Rosado y a sus compañeros de armas: Varona, Morejón y Argenta en 1880.

Al inaugurarse la república mediatizada, el gobierno entreguista de Tomás Estrada Palma lo encontró abandonado y semiderruido. Se inicia su restauración durante la intervención norteamericana, acondicionándolo para albergar nuevamente al ejército, esta vez llamado constitucional.

Detrás de esta fortaleza militar, por un camino de pomarrosas y clavellinas, se hallaba el bohío de una mujer inmensamente

bella, alta, esbelta, de cabellos ondulados y ojos de endrina, conocida por Lola la Tejedora. Dedicada al tejido del yarey para fabricar los sombreros –artesanía cotidiana que le permitió honradamente ganarse la vida–, la Tejedora, como popularmente la llamaban, fue eso, la humilde hija del pueblo. Su doliente historia de amor la inmortalizó; la incompreensión y crueldad de la sociedad burguesa que le tocó vivir le negó el derecho a la felicidad, le enfermó la mente hundiéndola en la infamia y la calumnia.

Se enamoró locamente, siendo correspondida por un joven aristócrata. La sombra de un laurel supo de sus cuitas y ternuras. La intriga de la infidelidad fue manejada hábilmente por la familia del galán que puso fin a aquel idilio.

José Fornaris y Luque, nuestro poeta, llevó al teatro aquella tragedia amorosa al escribir un drama en el que se veía deambular por las calles de Bayamo a la muchacha más hermosa de la ciudad, como a una virgen arrastrando consigo su infortunio, mostrándola como ejemplo de honradez y pobreza. Dicho poeta quiso finalizar este drama dando fe al testimonio de un familiar del joven enamorado, quien logró convencer a este de la felonía que se había jugado. Una entrevista traerá la reconciliación; ambos se casan y recobra ella la razón.

Como humilde recordatorio levantado a la vera del camino natal, el pueblo costeó la lápida de mármol gris que existió como una tradición conmemorativa de aquella página romántica. En ella se podía leer el siguiente texto: *A Lola la Tejedora, a manera de desagravio.*

Sigamos por esas calles ancianas donde quedó enclaustrado por cuatro siglos el viejo Bayamo, calles estrechas y torcidas, centinelas insomnes de ataques y filibusteros llegados por el Cauto, con lo que alguna vez los bayameses, a principios del siglo xvii, burlando la metrópoli, se enriquecieron

y prosperaron con el ilícito contrabando conocido como comercio de rescate. De esa época dijo un obispo era orgullo en las familias tener de compadre a un bandido del mar.

Así paseando en el coche vamos a La Ollá, típica barriada bayamesa. En una añeja casita hay una placa de mármol señalando el nacimiento de Manuel de Jesús Cedeño, ayudante de Simón Bolívar y héroe de la batalla de Carabobo. Más allá, por la misma ruta, se divisa La Mendoza, barranca por la que subirían Carlos Manuel de Céspedes y los mambises en la toma de Bayamo. Al pasar por Saco y Martí, otra lápida señala donde vio la luz José María Izaguirre, maestro, constituyente, pedagogo, regidor y fundador en Guatemala de la Escuela Normal.

Así, en el jadeante cabalgar del típico carruaje, verás infinidades de lugares históricos que contarán las epopeyas de la antigua villa y de la próspera ciudad, en la que aún están vivos los testimonios familiares y el recuerdo de nombres coloniales de sus antiguas plazas y calles como estas por las que paseamos. Céspedes antes era San Salvador; Gómez, San Francisco; Maceo, Mercaderes; Martí, San Juan; Saco era San José; Amado Estévez, La Barranca de San Juan; y Pío Rosado era de la Virgen de Regla.

Hay otro Bayamo, este que creció y se multiplicó en el horizonte de sus llanuras, donde le nacieron nuevos barrios, largas avenidas, edificios de apartamentos, centros educativos y de salud completamente gratuitos. Este es Bayamo, el hospitalario y cálido Bayamo.

Siguiendo nuestro recorrido llegaremos a la rotonda del Nuevo Bayamo, donde está enclavada la estatua de José Martí, que el cincel del escultor José Delarra modeló sobre la piedra dura. En el mármol suelto de su pedestal leemos: *Yo tengo de Bayamo el alma intrépida y natural*, confesión que hiciera en su misiva a Fernando Figueredo Socarrás, aquella

misma mano que escribiera en el autógrafo de la atormentada Tomasa Figueredo en el invierno de 1892 en Cayo Hueso:

*No sé que tienen las flores,
lindísima bayamesa,
que unas se secan muy pronto;
que hay otras que no se secan.*

Quiso el sortilegio de su apostolado, que su último suspiro, su sangre y su vida abonaran la tierra granmense a la orilla del Cauto.

Este reparto ahora tiene el nombre de Antonio Guiteras (Tony) en homenaje al luchador antimperialista que en los últimos días de la tiranía machadista tenía su clandestino refugio en la calle José Martí de esta ciudad monumento, donde planeaba el asalto al cuartel Carlos Manuel de Céspedes, cuando lo sorprendió la caída del gobierno de Machado. Desde aquí partió con destino a La Habana para hacerse cargo de la cartera de Gobernación en aquel gabinete de los cien días de la revolución de 1933 que se fue a bolina, y donde dejó su huella indeleble del revolucionario con sus leyes nacionalistas, engendro del odio norteamericano.

Tony Guiteras cayó perseguido y asesinado en el Morrillo por el otro tirano Fulgencio Batista y su gobierno proyanqui el 8 de mayo de 1935. Un monumento a su memoria y a la del venezolano Carlos Aponte caído junto a él, guardan sus restos en las riberas del mar.

Veinte años después, aquel 26 de julio de 1953, otro Antonio habanero, flaco y largo, martiano y antimperialista, saltaba junto a 24 compañeros venidos de occidente el cuartel de Bayamo, en un frustrado ataque que los replegó por sus calles vecinas, escuchándose un madrigal de voces heroicas gritando: «Viva Cuba», «Abajo Batista».

Esa mañana de la santa Ana, Antonio López (Ñico) en su retirada fulminaba de un disparo al chofer de una patrulla

policial que avanzaba hacia el escenario de los sucesos, huyendo desesperadamente sus acompañantes. Luego vino la persecución a los asaltantes: dos fueron presos y horriblemente asesinados detrás de los muros cuartelarios, seis en el entorno rural, dos en Santiago de Cuba. Los quince que quedaron vivos escaparon, unos con la ayuda del pueblo que los escondió, y otros burlaron el cerco. Ñico López pudo llegar a La Habana, asilándose en la embajada guatemalteca. Un tiempo después pasó a México, a reunirse con Fidel Castro y sus compañeros del Movimiento 26 de Julio.

Un día callejero se encontró con un amigo argentino, médico y revolucionario antimperialista que había conocido en la tierra del quetzal. Su nombre: Ernesto Guevara de la Serna. Así, por rutas martianas, aquel peregrino de sueños bolivarianos conoció a Fidel Castro Ruz y los futuros expedicionarios del Granma. Entonces nació para Cuba, América Latina y el mundo, el Che, que los yanquis mandaron a matar en la Higuera, Bolivia. Ñico López fue delatado y asesinado por los esbirros en Boca del Toro, Pilón, el 8 de diciembre de 1956. Los que quedaron se reunieron con Fidel en Cinco Palmas, subieron montañas, libraron batallas y derrotaron a la tiranía.

Meses después del triunfo rojinegro del 1 de enero de 1959, el histórico cuartel bayamés, que supo de las torturas y muerte de tantos revolucionarios, fue destruido por un fuego misterioso que dejó sólo el local del Club de Oficiales y los dos torreones de sus muros frontales.

El gobierno revolucionario construyó en su ámbito el Parque Museo Ñico López, inaugurado el 26 de julio de 1978 en homenaje al glorioso combatiente que «quiso con los pobres de la tierra su suerte echar». De Ñico López dijo el general de ejército Raúl Castro Ruz: «Hombres como Ñico fueron los que hicieron posible esa chispa que formara aquella hoguera de

redención que nos trajera, posteriormente, la libertad que hoy disfrutamos».

El parque fue levantado detrás de los muros de la fortaleza en un área que perteneció al patio cuartelario. Su conjunto de palmas reales ocupa el espacio otrora destinado a dormitorios, cocina, oficinas y armería, caballerizas y calabozos.

En el antiguo Club de Oficiales está la sala museo donde se exponen objetos personales, fotos y biografías de los asaltantes. Entre sus actividades se desarrollan las peñas infantiles, el Club de Amigos del Museo, dirigido a la tercera edad. Además se atienden unidades básicas de museología, Club del Historiador Joven y seguidores de nuestra historia, en coordinación con el Ministerio de Educación.

Entre sus eventos anuales están la jornada dedicada a homenajear la figura de Níco López en el aniversario de su desaparición física y el 26 de Julio y la Generación del Centenario, con carácter nacional.

El parque Níco López es asaltado simbólicamente por los pioneros en la alborada de cada 26 de Julio. Es visitado por miles de personas, entre turistas nacionales y extranjeros.

A unos metros del recinto, cercano al barranco del río, se encuentran ocultos por el césped los cimientos de la torre de Zarragoitía que fuera construida con las piedras que servían de lecho a las aguas del Bayamo, y a la cual dedicara Carlos Manuel de Céspedes su memorable poema:

A LA TORRE DE ZARRAGOITÍA

*Yo no pregunto, derrocada torre,
cuál fue tu suerte en tus primeros días;
mas, cuando por tus salas, ya vacías,
como un blando gemido, el viento corre,
el velo del pasado se descorre
formas revisten tus cenizas frías,*

*aun resuena el rumor de las orgías,
un suspiro aún tus bóvedas recorre.*

*Me figuro el orgullo poderoso
de tu Señor, y el golpe que certero
en el olvido confundió su historia.*

*Si alza de allí su frente desdeñoso,
cual tú del huracán te burlas fiero,
burlarse ha de la mundana gloria.*

Después de haberle rendido sentido homenaje al apóstol José Martí, dejamos el nuevo reparto residencial donde Bayamo se multiplica, para volver finalmente a la antigua villa, y sentarnos bajo los flamboyanes del Retablo de los Héroes, a meditar sobre las seculares costumbres bayamesas y evocar a sus mejores poetas y trovadores.

Juan Clemente Zenea y Fornaris nació el 24 de febrero de 1832 en la calle Martí. Era sobrino materno del célebre poeta José Fornaris y Luque.

Realizó sus primeros estudios en Bayamo. Se traslada luego a la capital, y continúa su enseñanza en el colegio El Salvador, de su pariente José de la Luz y Caballero. Muy joven abrazó los ideales separatistas y viajó a Estados Unidos en reiteradas ocasiones. En Cuba se dedicó al periodismo, al profesorado y a las letras.

El levantamiento de la Demajagua lo sorprende en México. Entregado a la causa libertaria redacta en Nueva York el periódico *La Revolución*. Meses más tarde vuelve a Cuba en un polémico viaje que lo uniría más ideológicamente al abogado bayamés, quien le encarga cumplir determinadas misiones en el extranjero, cuando es detenido. Remitido a La Habana como prisionero de guerra es sometido a régimen de bartolina. Luego del juicio que lo condenó a muerte fue fusilado en los fosos de la Cabaña el 25 de agosto de 1871.

Zenea es uno de los mejores poetas cubanos, el más elegíaco de todos. Su verso melancólico y fugitivo rasga el alma en el poema *En días de esclavitud*:

*¡Señor! ¡Señor! ¡el pájaro perdido
Puede hallar en los bosques el sustento,
En cualquier árbol fabricar su nido
Y a cualquier hora atravesar el viento!*

*¡Y el hombre, el dueño que a la tierra envías
Armado para entrar en la contienda,
No sabe al despertar todos los días
En qué desierto plantará su tienda!*

Mas su poesía se torna doliente en el *Diario de un mártir*, escrita en el calabozo antes de ser fusilado. En el poema *A una golondrina*, de su libro póstumo, canta en su primera estrofa:

*Mensajera peregrina
que al pie de mi bartolina
revolando alegre estás,
¿de do vienes, golondrina?
golondrina, ¿adónde vas?*

Y en sus versos finales exclama:

*Si el dulce bien que perdí
contigo manda un mensaje
cuando tornes por aquí,
golondrina, sigue el viaje
Y no te acuerdes de mí.
Que si buscas, peregrina,
do el remaje un sauce inclina,
ningún sauce encontrarás;
Y yo diré: –Golondrina,
golondrina, ¿adónde vas?
No busques, volando inquieta
mi tumba oscura y secreta.*

*Golondrina, ¿no lo ves?
en la tumba del poeta
no hay un sauce ni un ciprés.*

En la calle Ají, hoy Cisneros, tuvo su cuna José Joaquín Palma y Lasso de la Vega, en aquel Bayamo «donde era casi extranjero». Su verso tropical tenía la musicalidad rumorosa de su río, la quietud sedante de «la anchurosa vega»; en ellos «no corría el aire frío del Norte», ni había más numen que «los lirios del Cautillo» y la cotidiana presencia de su pueblo natal que, nostalgia infinita, el destierro trocó en penas y muerte.

Estando en Nueva York, en una tertulia de la familia Aguilera Kindelán, Candelaria, la hija de Francisco Vicente, le reclamó su canto. José Joaquín le improvisó:

*Hay en tu suave mirar,
Cuya dulzura proclamo,
Luz del cielo de Bayamo,
Calor del extinto hogar.
Me es tan hermoso evocar
Recuerdos del pueblo mío
Que miro entre desvarío
A que la mente se entrega,
Aquella anchurosa vega,
Y aquel caudaloso río.
¿No recuerdas las canciones?
Aquellas canciones mías,
Que yo entoné en otros días
Debajo de tus balcones?
¡Cuántas muertas ilusiones
Ricas de fe y amistad,
De aquella gentil ciudad,
En cuyas ruinas humeantes
Se levantaron triunfantes
La Patria y la libertad!*

Cuna de patricios, el paisaje de sus calles se arrullaba con la belleza de sus mujeres y las endechas de sus bardos. Su desaparecida sociedad La Filarmónica trocada en cirios fue el Ateneo de sus veladas culturales aderezadas con el lirismo romántico de los versos de José Fornaris y Luque, tío del infortunado Zenea. Nacido en el solar bayamés el 18 de marzo de 1827 devino el más alto exponente del movimiento siboneyista. Conspirador contra la corona española fue confinado junto a Carlos Manuel de Céspedes y Lucas del Castillo a Palma Soriano en 1852.

La inspiración poética de Fornaris une su sentimiento romántico a la remembranza aborígen como en su poema *La madrugada en Cuba*

*Bajo este cielo se mecen
Estas ceibas, esas palmas
Que me dieron sombra amiga
Allá en mi risueña infancia.
Bajo este cielo he crecido
En mis selvas y cañadas,
Y va en mi sangre, en mis venas,
Y clavado en mis entrañas.*

Nocturnal trovador, dijo alguna vez que «Bayamo es el pueblo donde se improvisan canciones en mayor número [...] Había allí la costumbre heredada de los árabes por nuestros progenitores, de cantar a las rejas de las novias y aun simplemente de las amigas. Las canciones eran creadas casi siempre por poetas del lugar».

Y así, en una ronda de lunas y estrellas, improvisó los versos de su más hermosa canción, aquella *Bayamesa* que cantó junto a Carlos Manuel de Céspedes, Carlos Pérez y Francisco Castillo Moreno, a la amada de este último, María de la Luz Vázquez Valdés de Coronado y Moreno de Mendoza:

*¿No te acuerdas gentil bayamesa,
Que tú fuiste mi sol refulgente
Y risueño en tu lánguida frente
Blando beso imprimí con ardor?
¿No recuerdas que en un tiempo dichoso
Me extasié con tu pura belleza,
Y en tu seno doblé mi cabeza
Moribundo de dicha y amor?
Ven, y asoma a tu reja sonriendo;
Ven, y escucha amorosa mi canto;
Ven, no duermas, acude a mi llanto;
Pon alivio a mi negro dolor.
Recordando las glorias pasadas
Disipemos, mi bien, las tristezas;
Y doblemos los dos la cabeza
moribundos de dicha y amor.*

Canción viajera del mundo que cambió su letra, por siempre anónima, pero no la música para escucharse por las calles aún ardientes de su combativo pueblo cuando sus hijos la redujeron a cenizas en aquel enero inmortal:

*¿No recuerdas gentil bayamesa,
Que Bayamo fue un sol refulgente,
Donde impuso un cubano valiente
Con su mano el pendón tricolor?
¿No recuerdas que en tiempos pasados
El tirano explotó tu riqueza,
Pero ya no levanta cabeza
Moribundo de rabia y temor?
Te quemaron tus hijos; no hay queja
Que más vale morir con honor
Que servir al tirano opresor
Que el derecho nos quiere usurpar
Ya mi Cuba despierta sonriendo,*

*Mientras sufre y padece el tirano
A quien quiere el valiente cubano
Arrojar de sus playas de amor.*

Pero de todas las Bayamesas pasadas y futuras, la más sublime, la que caló más hondo el alma y enardeció más el espíritu, es aquella que en el Bayamo liberto de un octubre cespadiano entonó el pueblo junto a su autor Perucho Figueredo en la Plaza Mayor, canto patrio constitucionalmente conocido como *Himno de Bayamo*:

*Al combate corred, bayameses,
Que la Patria os contempla orgullosa,
No temáis una muerte gloriosa
Que morir por la patria es vivir.*

*En cadenas vivir, es vivir
En afrentas y oprobio sumido.
Del clarín escuchad el sonido
¡A las armas!, valientes, corred.*

Medio siglo después entre los avatares de la seudorrepública, una noche bohemia de canciones y serenatas, a finales de 1917 en la estación de trenes bayamesa, un viajero desconocido se unió informalmente a los trovadores Eleusipo Ramírez, joyero y guitarrista cantor; Leandro Tamayo, barbero y guitarrista; Javier Quevedo, talabartero, guitarrista y cantante, y Pancho Losada, pintor y cantante, quienes andaban de romería por las calles y callejuelas casi hasta el amanecer. Al disolverse el grupo cada cual tomó su rumbo. Mas el conocido trovador no tenía hospedaje ni dinero. Se llamaba Sindo Garay, y fue entonces a pernoctar a la joyería de Eleusipo Ramírez, donde moraba Pancho Losada, los dos santiagueños como él, pasando una larga temporada, rica en rondas de guitarras y boleros. Sindo, enamorado de la historia de Baya-

mo, sus tradiciones y sus bellas mujeres, compuso en el patio de aquel comercio, en los atardeceres numantinos, una canción dedicada a la mujer bayamesa, la cual cantó en sus primicias a la hija del joyero nombrada Paquita Ramírez en el hogar de la calle Martí, ante el músico Joaquín Casate. Esta canción conocida también como *La bayamesa*, forma parte de nuestra fecunda historia musical. Al morir Sindo Garay en 1967 quiso que sus despojos reposaran en el camposanto bayamés, donde cada aniversario de su muerte una jornada trovadoresca le rinde homenaje cantándole su bella canción:

*Tiene en su alma la bayamesa
tristes recuerdos de tradiciones,
cuando contempla sus verdes llanos
lágrimas vierte por sus pasiones.*

*Ella es sencilla, le brinda al hombre
virtudes todas y el corazón
pero si siente de la patria el grito
todo lo deja, todo lo quema
ese es su lema, su religión.*

Bayamo, patriota y juglar, sigue dando a la patria nuevas generaciones de músicos, poetas y trovadores.